

Artículo publicado en la revista *Pueblos y Fronteras*, Nº3, 2002, El Bolsón, Río Negro.

10.000 años de ocupación humana en el área del Lago Nahuel Huapi (San Carlos de Bariloche)

Albornoz Ana^{*}, Adán Hajduk^{**} y Maximiliano J. Lezcano^{**}

Resumen

Recientes excavaciones arqueológicas en las cercanías de San Carlos de Bariloche revelaron novedosos datos sobre los más antiguos habitantes del ámbito boscoso lacustre del Norte de Patagonia. Un resumen de la llegada del hombre a Patagonia introduce una serie de comentarios sobre aspectos de la vida cotidiana en el bosque de la zona del Lago Nahuel Huapi, desde por lo menos 10.000 años hasta tiempos históricos. Los restos hallados en El Trébol aportaron datos sobre los instrumentos que utilizaron, las técnicas que se aplicaban en su confección, las actividades que realizaban con ellos y dónde obtenían las materias primas para su elaboración. También se identificaron las especies animales que fueron aprovechadas para el consumo, la fabricación de instrumentos y otros fines. Se muestra cómo todos estos aspectos fueron desarrollándose a lo largo del tiempo.

El comienzo de esta historia

Antes de adentrarnos en esta historia vamos a repasar algunos aspectos poco conocidos de la tarea del arqueólogo. La arqueología es la ciencia que se encarga de reconstruir las características de las sociedades del pasado, sobre la base de los restos materiales que quedaron de ellas. Para ello emplea la técnica de excavación estratigráfica, asumiendo que los materiales dejados por los hombres del pasado, mezclados con sedimentos que se superponen a lo largo del tiempo, forman diferentes estratos o capas. El material más antiguo se halla en las capas más profundas. La lectura que se hace de las distintas capas y la posición relativa en que quedaron depositados los objetos, permiten desentrañar múltiples aspectos de la vida cotidiana. Podemos pensar en estas capas sedimentarias como si fueran las páginas del libro de los tiempos, las cuales son mezcladas y destruidas cuando el que excava no es un arqueólogo profesional y por lo tanto no sabe cómo leerlas. Además, impide el acceso de las restantes personas a este patrimonio que es de todos según nuestras leyes Nacionales, Provinciales y Municipales.

* Dirección General de Cultura de la Provincia de Río Negro y Museo de la Patagonia – anaalbornoz@bariloche.com.ar

** CONICET y Museo de la Patagonia – adamhajduk@bariloche.com.ar



El grupo de trabajo ocupado en tareas de medición y excavación.

Recientes excavaciones arqueológicas en una cueva cercana a la laguna El Trébol, dentro del ejido urbano de San Carlos de Bariloche, revelaron novedosos datos sobre los más antiguos habitantes del ámbito boscoso lacustre del Norte de Patagonia. Los trabajos se realizaron en el marco de un proyecto de estudio del medio boscoso lacustre del área del Nahuel Huapi y alrededores (A. Hajduk) y de otro, referente al estudio del arte rupestre, con énfasis en el mismo ambiente (A. Albornoz). El área de trabajo incluye el ámbito del lago Nahuel Huapi, considerando sus variantes ambientales de bosque, ecotono bosque-estepa y estepa vecinos, con extensión a los lagos Gutiérrez y Mascardi. Los trabajos se orientaron a determinar las características de la forma de vida del hombre que ocupó el ambiente boscoso del Lago Nahuel Huapi, desde el más remoto pasado hasta la época histórica (siglos XVII y XVIII).

Para el año 1670 el misionero jesuita Nicolás Mascardi reconoció en la zona del Nahuel Huapi la presencia de tres grupos aborígenes, diferenciados tanto por el territorio que habitualmente ocupaban, como por su lengua y otros aspectos culturales y aún por su aspecto físico. Los denominó “Puelches de Nahuel Huapi” (habitantes del medio boscoso lacustre en las islas y costas, que se movilizaban mediante embarcaciones), “Poyas comarcanos” (del ámbito estepario al este del lago y al sur del río Limay y que identificamos con los “tehuelches septentrionales”, diferentes de otros que llegaban de regiones distantes, probablemente “tehuelches meridionales”) y “Puelches del Norte del Desaguadero” (grupos que hablan la lengua mapuche y llegan al lago desde el sur del Neuquén). Hallamos entonces, para el siglo XVII en nuestra región una clara diversidad cultural con adaptación a ambientes diferentes pero con interrelaciones entre grupos locales y los de zonas más distantes. A

partir de esta diversidad surgen diversos interrogantes a dilucidar mediante las excavaciones arqueológicas.

En ese sentido nos preguntamos ¿desde cuándo está habitada la región boscosa lacustre?, ¿hasta qué profundidad temporal se extiende la identidad histórica “Puelches del Nahuel Huapi”?, ¿cómo interactuó el hombre del bosque con el de la estepa? y ¿en que medida penetró en el bosque la identidad esteparia?, ¿su permanencia en el bosque era anual o estacional (en verano o en invierno)?, ¿cómo se complementaba el uso del bosque en relación con los ambientes vecinos de ecotono y estepa?, ¿qué utensilios eran de uso cotidiano, qué técnicas se aplicaban en su confección, que actividad realizaban con ellos, dónde obtenían las materias primas para la elaboración de dichos utensilios, etc.?

También ¿cómo resolvían su subsistencia?, en sus aspectos de la caza, la pesca, la recolección de almejas de agua dulce, la recolección de vegetales y, para época histórica (según antiguas fuentes escritas), el cultivo , etc., observando en qué medida están representados los recursos propios de cada ambiente.

La diversidad ambiental de esta área habría permitido en el pasado el aprovechamiento de múltiples recursos y la posibilidad de mudar de ambiente cubriendo distancias cortas. La cercana comunicación entre ambas vertientes de la cordillera favorecía las relaciones interétnicas particularmente manifiestas en las fuentes etnohistóricas y en el mismo registro arqueológico.

Los primeros habitantes de Patagonia

Durante la última glaciación, la acumulación nival provocó el descenso del nivel de los mares. A consecuencia de ello, las aguas se retiraron del sector que hoy conocemos como Estrecho de Behring, creando un puente terrestre que unió a Asia con América del Norte. Hace unos 30.000 años, los primeros grupos humanos de cazadores-recolectores nómades (“paleoindios”) ingresaban a América del Norte a través de esta vía de comunicación. Avanzaron paulatinamente hacia el sur, en un épico proceso de exploración y ocupación.

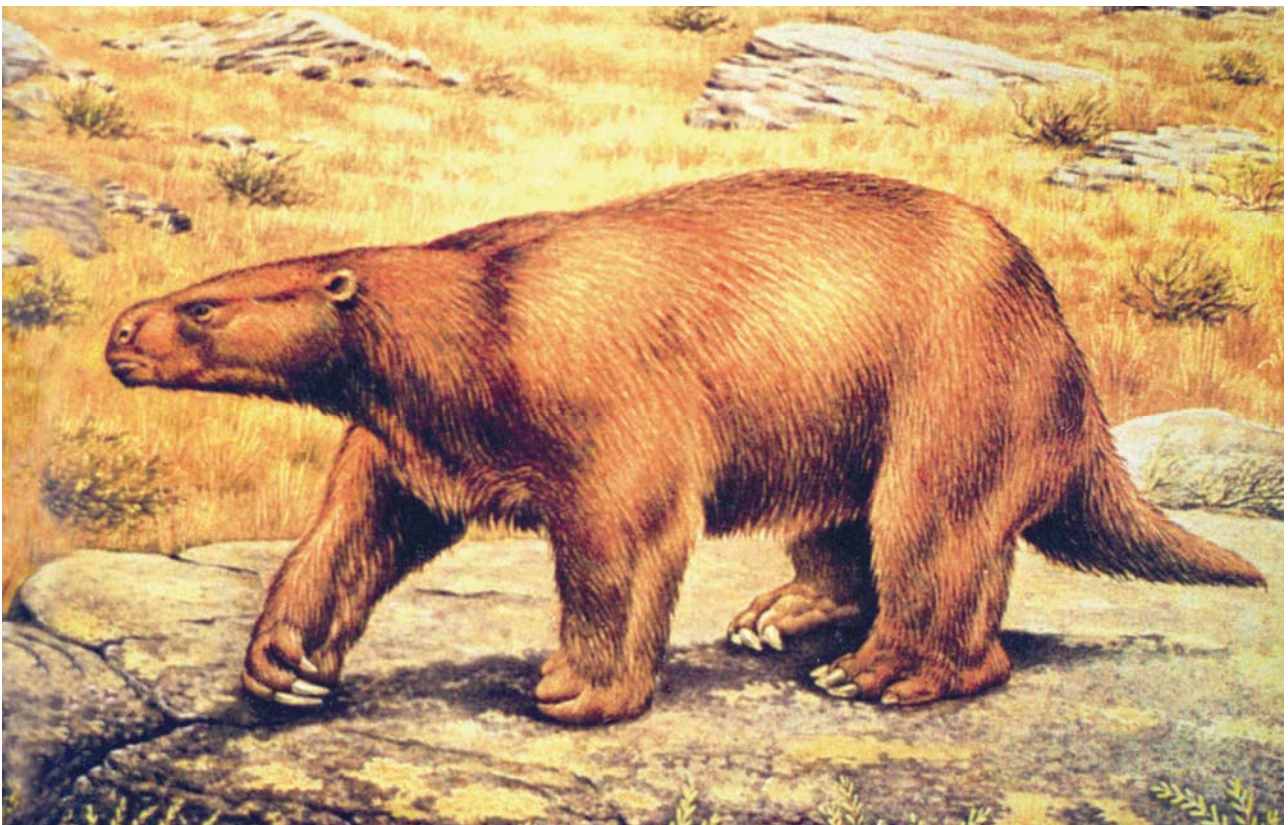
El ambiente de la Cordillera Patagónica no siempre fue como el que hoy conocemos. Hace unos 14.000 años, los hielos ocupaban buena parte de la zona de los lagos. En ese momento, hacia el final de la era geológica denominada Pleistoceno, comienza el retroceso de los frentes de glaciación, proceso que prácticamente culmina hacia el 11.000 y los hielos se restringen a su posición actual.

Los “descendientes” de aquellos “paleoindios” alcanzaron el extremo sur de la Patagonia, hace unos 12.000 años. Sus vestigios materiales son mejor conocidos a través de los hallazgos realizados en sitios arqueológicos de la región de Magallanes, ubicados en medios entonces esteparios (semi-áridos).

Estos cazadores alcanzaron a conocer a los últimos grandes mamíferos del Pleistoceno, extinguidos en Patagonia hace unos 10.000 años. Entre ellos se encontraban los milodontes (perezosos gigantes), macrauquenias, paleolamas (parientes cercanos de los guanacos) y grandes felinos como una gran pantera y probablemente el tigre dientes de sable. Los caballos americanos, un ciervo y un zorro de gran tamaño formaban parte de la fauna de aquellos tiempos. En la parte austral de Chile (cerca de Puerto Montt) también se encontraron restos de mastodonte (“elefante” americano).

Supieron aprovechar como alimento algunos de estos animales, especialmente el caballo, mastodonte y milodonte aunque en esta época y hasta tiempos históricos su principal sustento fue el guanaco y otras especies menores. Para la obtención de estas presas utilizaban armas arrojadas con puntas de piedra, denominadas “cola de pescado” en alusión a su forma.

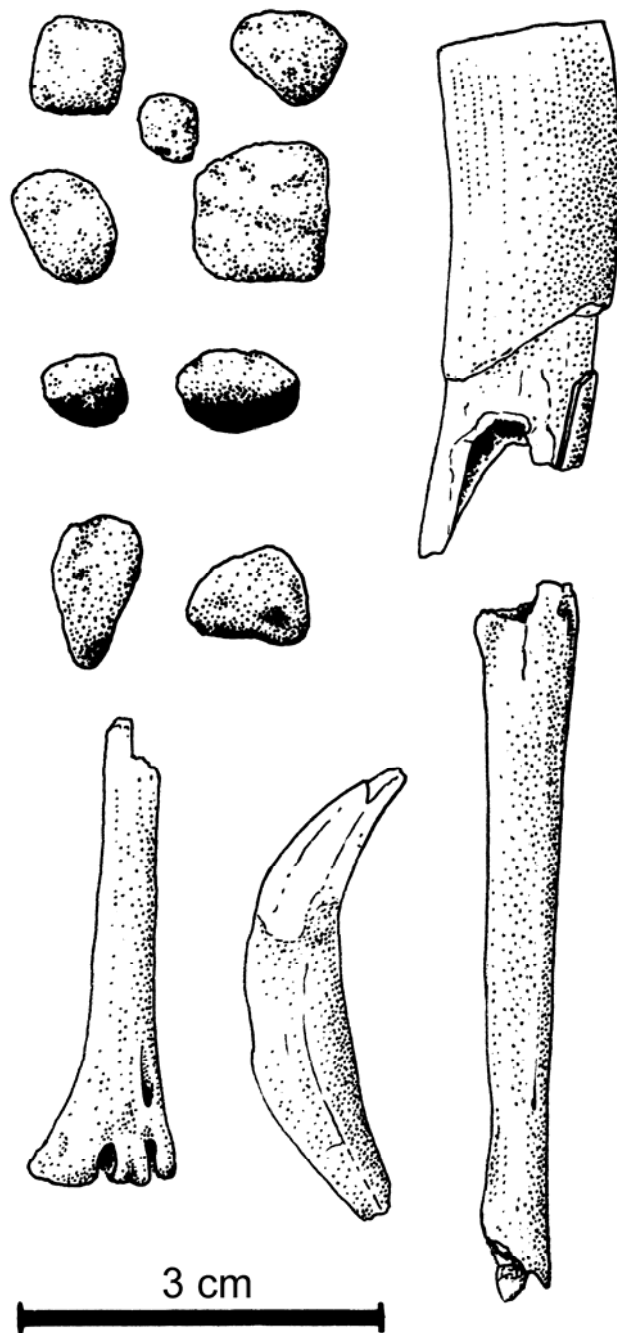
Entre los grandes herbívoros extinguidos se encontraba el *Myodon* (“perezoso gigante”), que superaba los 3 metros entre el extremo del rostro y el de la poderosa cola y 1,5 metros de altura en la cruz.



Reconstrucción del “perezoso gigante” (*Myodon*). Tomado de Sutcliffe, A. J. 1985.

Su aspecto, en líneas generales, se asemejaría al de un perezoso actual, aunque de contextura mucho más robusta y de hábitos netamente terrestres. Se caracterizaba por la presencia de huesecillos incluidos en su piel (huesos dérmicos u osteodermos), de no más de dos centímetros y

semejantes a porotos. Los tenían en número considerable, seguramente fortaleciendo al cuero como protección.



Huesos dérmicos y diente de “perezoso gigante” (arriba), hueso de ave y un colmillo de zorro extinto (abajo).

Hacia fines del siglo XIX se hallaron restos muy bien conservados de este animal en la cueva del *Myloodon* (Seno de Ultima Esperanza, Chile). El aspecto “fresco” de estos restos hizo pensar, erróneamente, que este animal aún vivía en lugares recónditos de la Patagonia.

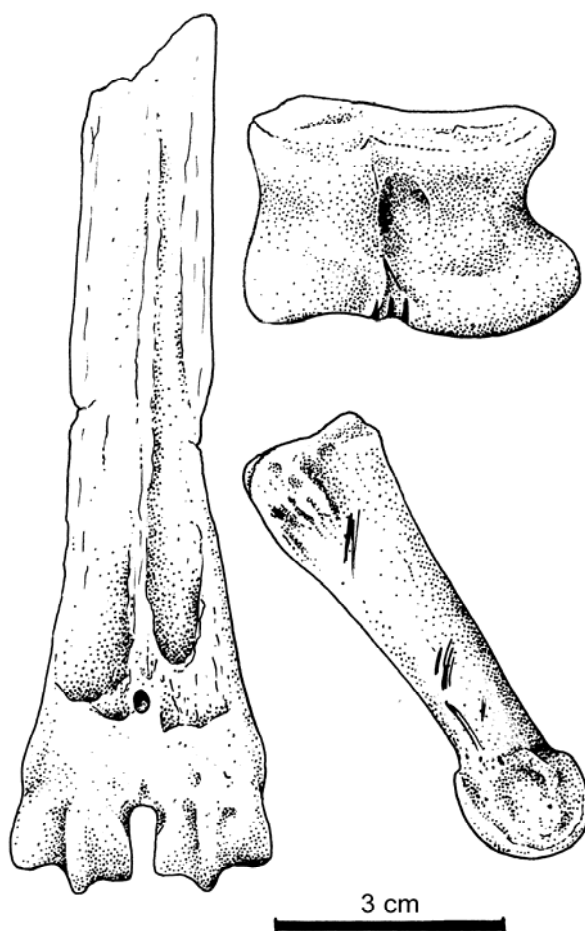
Los Primeros “Barilochenses” del sitio arqueológico El Trébol

El sitio arqueológico El Trébol es un abrigo rocoso, de unos 22 metros de frente y 7 m de profundidad máxima, ubicado en la base de un cerrito de rocas volcánicas. La superficie cubierta es de unos 110 m². Su orientación ofrece un buen refugio contra los vientos predominantes del oeste.

Actualmente el sitio se encuentra ubicado en un bosque mixto subhúmedo de cipreses y coihues, junto con especies como el radial, maitén, maqui, calafate y parrilla. Durante los últimos 13.000 años el bosque estuvo presente en esta zona, luego de la retirada de los glaciares. Actualmente, la zona se encuentra urbanizada por lo que la mayoría de los mamíferos más grandes actualmente ya no se los encuentra pero, como se verá, en el pasado estuvieron presentes y muchos de ellos fueron aprovechados por el hombre con diferentes fines.

Entre los hallazgos más antiguos de El Trébol se encuentran objetos que evidencian la actividad del hombre, como lascas (deshechos de la fabricación de instrumentos de piedra), un punzón de hueso y restos de los animales que habría aprovechado.

Entre estos los restos de animales se encuentran los de huemul, de ave y de un zorro extinto todos con huellas de corte producidas con una herramienta de piedra más otros de pescados.



Hueso de huemul partido para extraer la médula (izq.), huesos de huemul (arriba) y de guanaco (abajo) con cortes producidos por herramientas de piedra.

El zorro extinto era más grande que el colorado y en ocasiones ha sido confundido por investigadores con un perro prehispánico. También hay huesos de un ciervo de tamaño mayor que el huemul, aunque por el momento no sabemos si pertenecen a una especie extinguida o a una viviente en otra región, como por ejemplo el ciervo de los pantanos de la zona mesopotámica. Llama la atención la asociación de todos estos restos con huesos dérmicos (algunos quemados), fragmentos de huesos y un diente de un perezoso gigante extinguido (*Milodon*). La presencia de los restos de este milodonte en El Trébol indicaría una antigüedad mínima cercana a los 10.000 años para los primeros habitantes del bosque, fecha probable en que ese animal se extingue.

Poco sabemos sobre los instrumentos con los que capturaban a las presas, como las puntas de proyectil. En todos los niveles de El Trébol llama la atención la notable escasez de este tipo de instrumentos, tan comunes en otros sitios de Patagonia. En los niveles arqueológicos de la época Acerámica (sin empleo de alfarería) únicamente se halló un fragmento del extremo de una punta de proyectil (ver figura más abajo), insuficiente para su identificación, en el nivel más antiguo. Es probable que en futuras ampliaciones de la excavación se hallen más de estos instrumentos. Los primeros cazadores de El Trébol podrían haber utilizado puntas del tipo “cola de pescado”, como las halladas en los sitios arqueológicos más antiguos de Magallanes. No se descarta tampoco que las presas fueran capturadas por otros medios, como, como redes, lazos, trampas, etc.

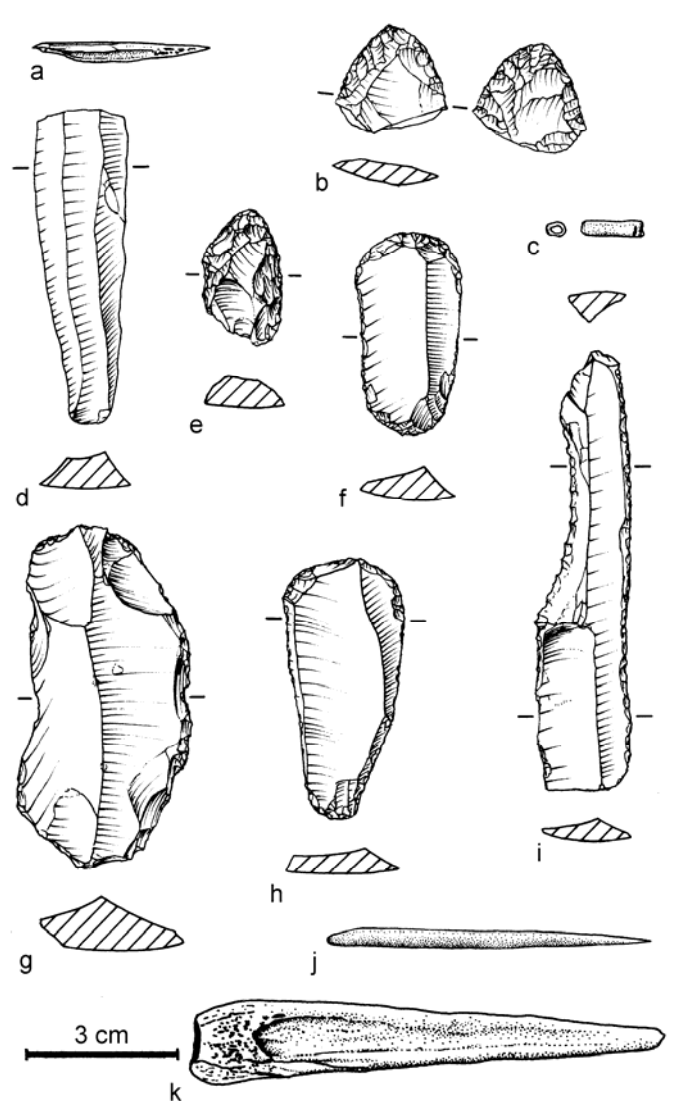
Algunos restos de especies animales consumidas por el hombre nos orientan sobre si la cueva fue ocupada por estos grupos nómades durante todo el año o solamente durante determinadas estaciones. Por ejemplo en las escamas, vértebras y huesos craneales de los pescados quedan registradas líneas de crecimiento que indican la estación del año en que el pez fue capturado. Los restos de peces son frecuentes en todos los niveles arqueológicos de El Trébol, desde los más antiguos a los más recientes.

A lo largo del tiempo el hombre no fue el único habitante de esta cueva. Las lechuzas también la ocuparon, dejando como testimonio de su paso y en todos los niveles de excavación numerosos restos de pequeños animales, principalmente ratones, que formaron parte de su dieta. Estas aves ingieren completas a sus presas y luego vomitan las partes no digeribles como huesos y pelos, en forma de bolos de regurgitación, los que se van incorporando al sedimento junto con elementos producidos por la actividad del hombre. Las distintas especies de ratones ocupan diferentes ambientes, como la estepa o el bosque y son muy sensibles a los cambios climáticos. Por lo tanto, el estudio de los restos de pequeños roedores hallados en sitios arqueológicos refleja las características ambientales de un área determinada y señala las variaciones que pudieron haber ocurrido a lo largo del tiempo.

Otros habitantes de la cueva pudieron haber sido los zorros, quienes llevarían sus presas o habrían aprovechado los mismos residuos alimenticios del hombre. Es así que con su accionar alteran los restos óseos dejados por el hombre. Al estudiar los huesos, el arqueólogo debe distinguir entre aquellos que se deben a la actividad del hombre (alimentación, confección de instrumentos, etc.) y los aportados por causas naturales (carnívoros, muerte natural, etc.). Las marcas de carnívoros y roedores son escasas en el material estudiado, por lo cual se considera que la alteración producida por estos animales no fue importante.

Más cercanos en el tiempo ...

Los antiguos cazadores recolectores continuaron elaborando instrumentos de piedra. El mayor número de hallazgos refleja una diversidad de tareas cotidianas efectuadas en la cueva: cuchillos para faenar los animales cazados y raspadores y raederas para trabajar las pieles que emplearían en su vestimenta.



Instrumentos de piedra y de hueso: punta de proyectil (b), raspadores (e, f, g, h), cuchillos sobre “hojas” (d, i) y punzones de hueso (a, J, k).

Algunos instrumentos, como puntas y raspadores, podrían haber sido fijados a sus astiles y mangos respectivamente mediante el empleo de resinas u otros pegamentos. El hallazgo de brea en El Trébol sugiere el uso de este material para la fijación de instrumentos.

Otro de los elementos que suelen hallarse son pequeñas lascas de descarte de la elaboración de instrumentos. Por sus características se pueden inferir si los mismos fueron elaborados en su totalidad en el sitio, o bien, como en este sitio, solo se efectuaron tareas de “reparación” o “reavivado” de filos o puntas gastados.

Para estos niveles resulta llamativo la presencia de un tipo particular de lasca, de forma muy alargada y con buenos filos cortantes, que el arqueólogo denomina “hoja”. La obtención de grandes hojas se difunde entre los cazadores-recolectores del centro de Patagonia hace 5.000 años, y no es habitual más al norte del río Chubut. Es por esto que su presencia en El Trébol podría estar planteando algún tipo de relación con grupos más australes. Esta nueva técnica implicó un ahorro de materia prima, brindando largos filos cortantes sin mayor esfuerzo.

No todos los instrumentos de piedra exigen un gran trabajo. Muchas veces el indígena extraía de un fragmento mayor (núcleo) lascas naturalmente filosas que eran empleadas para cortar o raspar. Estos “filos naturales con rastros de uso” suelen ser los más abundantes en los sitios arqueológicos, dado que eran “descartables”. En cambio, los instrumentos más trabajados son cuidadosamente preservados por el hombre, que al abandonar su vivienda transitoria los lleva consigo. En El Trébol este tipo de instrumentos, al igual que los restantes, son pocos. En cambio, abundan en otros sitios arqueológicos de Patagonia, principalmente los localizados en la estepa. Esto nos hace reflexionar acerca de la escasez de rocas aptas para elaborar instrumentos en las cercanías del sitio.

Las rocas utilizadas en El Trébol fueron: sílices, calcedonia, madera silicificada, basaltos de grano fino, cristal de cuarzo (rara vez utilizado en Patagonia). Estas se habrían obtenido en la zona de estepa, a una distancia de 40 a 100 km de la cueva, donde se las encuentra actualmente. Para otras como la obsidiana (vidrio volcánico), sobre todo la de color azul, no se conocen las fuentes de aprovisionamiento (canteras), que se estiman distantes. Esto también estaría planteando la movilidad y/o el intercambio de estos grupos.

Si bien se considera que los habitantes de Patagonia en el pasado fueron eminentemente cazadores, la recolección de vegetales (entre otros) habría sido una actividad complementaria en su alimentación. Es por esta razón que se los identifica como cazadores-recolectores. Los vegetales, además eran empleados para obtener combustible, medicinas, astiles para las flechas, arcos, lanzas, parantes para los toldos, etc.

En estos niveles medios de El Trébol tienen su primera aparición los instrumentos de molienda, como reflejo de la actividad de recolección de los habitantes de la cueva. Estos

instrumentos están compuestos por una piedra plana que actúa de base (molino) y otra de menor tamaño, chata y de forma elíptica (mano). El material a moler es procesado por la fricción de la mano sobre el molino. Este tipo de instrumentos nos remiten al consumo de semillas y tubérculos y al empleo de colorantes minerales. Aún faltan estudios de los pequeños vestigios vegetales contenidos en los sedimentos, los cuales podrán aportar datos sobre el aprovechamiento de los recursos vegetales que habría provisto el bosque.

A partir de estudios sobre el ambiente del pasado (con evidencias de bosque en los últimos 13.000 años), de los ambientes sugeridos por los restos de pequeños roedores (bosque, arbustivo, pastizal, roquedal y peladeral) hallados en las excavaciones y de la probable cercanía del ecotono entre el bosque y la estepa, sabemos que los habitantes de El Trébol dispusieron de una variedad de recursos aportada por esta diversidad ambiental. Entre estos recursos se encontraba uno muy importante: el de la caza.

Los habitantes de El Trébol habrían obtenido las especies animales que formaron parte de su dieta principalmente en los ambientes boscoso-lacustre y ecotonal entre bosque y estepa. Los recursos animales obtenidos en el ecotono y en sectores de bosque abierto están representados por el guanaco, el piche, el peludo y el zorro gris (mínimamente). Del medio boscoso-lacustre en el que se encuentra el sitio, el huemul, el pudu pudu (bosque húmedo y cerrado), los peces y los moluscos. El zorro colorado y la vizcachita o pilquín pudieron haber sido cazados tanto en el bosque como en los demás ambientes. Faltan especies de estepa y de ecotono presentes en sitios arqueológicos de esos ambientes, como zorrinos, hurones y el puma. Las aves también formaron parte de la dieta, aunque por el momento no están identificadas. El choique está representado sólo por unos pocos fragmentos de cáscara de huevo.

El guanaco siempre fue el animal de mayor importancia económica entre los cazadores-recolectores de la estepa patagónica. En El Trébol, en cambio, se habría aprovechado el huemul en igual proporción que el guanaco. Ambos animales, por su alto rendimiento de carne, ocuparon un lugar destacado en la dieta de los habitantes de la cueva. Como complemento habrían utilizado las especies menores ya mencionadas.

Varios de sus huesos muestran huellas de corte producidas por herramientas de piedra durante el cuereo, el carneo y el consumo. También son frecuentes las señales de rotura intencional para la extracción del tuétano (caracú) (ver figura). Aparte del consumo de la carne y de la grasa, se aprovechaba el cuero, los tendones y los mismos huesos para hacer diversos instrumentos: punzones, retocadores (utilizados en la fabricación de instrumentos de piedra), percutores y cuentas de collar (ver figura), como los que se encontraron en El Trébol.

Los Tiempos Cerámicos

En esta parte de Patagonia, los primeros registros del empleo de la alfarería aparecen tardíamente, entre los 1.500 y los 1.000 años antes del presente. Se deberían a las influencias culturales de pueblos sedentarios de más al norte de nuestro país y también del sur de Chile. La incorporación de recipientes de cerámica permitió el mejor aprovechamiento de los recursos alimenticios, como nuevas formas de cocción y contención de alimentos y líquidos. Aún así el comportamiento nómada de los cazadores-recolectores de Patagonia no se vio mayormente alterado por la introducción de esta nueva tecnología. Sin embargo el uso de la cerámica habría sido más frecuente en el bosque debido a la abundancia de combustible, tanto para su elaboración como para la cocción de alimentos, y a la mayor oferta de vegetales para diferentes usos.

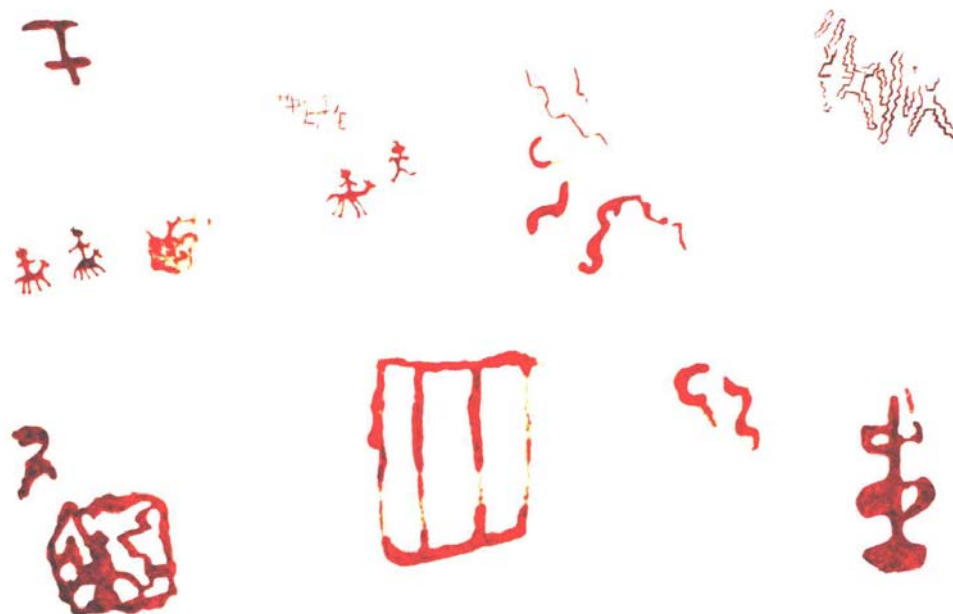
En tiempos más recientes, hacia el siglo XVII, con la creciente influencia de grupos transcordilleranos, la alfarería adquiere relevancia y se identifican diferentes tipos de ollas y jarras. Entre estas últimas se destacan las de “Tipo Valdivia”, decoradas mediante trazos geométricos en rojo, negro o marrón sobre un fondo blanco. Su nombre se debe a que este tipo cerámico es frecuente en la Provincia de Valdivia, Chile. Se lo halla también en la provincias Argentinas de Neuquén, Río Negro, La Pampa y Mendoza.

Las relaciones entre grupos de ambas vertientes de la cordillera se daban desde tiempos muy antiguos, alrededor de los 8.000 años antes del presente. Sin embargo, el contacto y el intercambio cultural se incrementan recién en tiempos cerámicos. Los hallazgos en El Trébol de un fragmento de cerámica “Valdivia”, de instrumentos fabricados con rocas provenientes de lejanos lugares y de valvas de moluscos del Pacífico son prueba de la movilidad y el contacto entre culturas que se habrían dado en nuestra región, facilitado en época posthispánica por el uso del caballo.

Al igual que en los tiempos antiguos, los habitantes de El Trébol también aprovechaban la fauna del bosque y de la estepa, incorporando el uso del arco y la flecha. Los peces y las almejas habrían sido capturados en la laguna vecina. Los restos de almeja se encuentran en mayor número y en mejor estado de conservación en los niveles cerámicos, aunque siempre son escasos. Si bien no parecen un recurso alimenticio de importancia, su interés reside en que se encuentran a lo largo del año y en lugares conocidos, por lo que pueden llegar a reemplazar otros recursos más rendidores pero momentáneamente ausentes. En la parte superior de estos niveles aparecen unos pocos restos de caballo, ovejas y cabras, indicadores de los momentos posthispánicos.

El arte rupestre, como una particular forma de expresión del mundo espiritual, estuvo presente en Patagonia desde hace poco más de 9.000 años. Entre el siglo VII de nuestra era y el contacto con el europeo, se registra el “Estilo de Grecas”, caracterizado por diseños geométricos, complejos y abstractos. Este estilo, con variantes, es el primero que aparece en nuestra área de bosque. En El Trébol muestra, como en otros sitios del ámbito boscoso-lacustre, una modalidad

propia, que hemos denominado “Modalidad del Ambito Lacustre Boscoso del Noroeste de Patagonia”. Aquí, los motivos geométricos son más sencillos, efectuados por trazo ancho y casi siempre en color rojo, con la presencia de figuras animales y humanas. Se destacan unos caballos con sus jinetes, realizados mediante trazo en miniatura, típicamente posthispánicos y más modernos que los anteriores.



Diseños de pinturas rupestres presentes en el sitio El Trébol.

Estos momentos cerámicos, tan interesantes desde el punto de vista de las relaciones interétnicas y de los grandes cambios culturales, lamentablemente no han podido ser estudiados en su estado de riqueza original ya que fueron muy afectados por el vandalismo. Muchos sitios arqueológicos son objetivo de coleccionistas inescrupulosos, generalmente locales, que en busca de objetos indígenas los destruyen, privando al resto de las personas de conocer aspectos de la vida de nuestros antepasados.

Una idea totalmente infundada es la de encontrar “tesoros” de valor monetario, cuando el único y verdadero valor de los restos arqueológicos en Patagonia es o debería ser el del conocimiento de nuestras raíces. Repetimos nuevamente que el patrimonio arqueológico es un patrimonio de todos, que debemos aprender a respetar y a conservar, como lo dejan claro las leyes Nacionales y Provinciales y las Ordenanzas Municipales vigentes.

Pensemos que este patrimonio, en definitiva, es el que nos ha permitido en este escrito dar cuenta de parte de la historia de la ocupación humana en el área del lago Nahuel Huapi en los últimos 10.000 años.

Bibliografía sugerida

Albornoz, Ana 1996. Sitios con arte rupestre en los alrededores del lago Nahuel Huapi (Río Negro). *Arqueología solo Patagonia*. Editado por J. Gomez Otero, pp.123-130. CEMPAT CONICET, Puerto Madryn.

Albornoz, Ana y Estela Cúneo 2000. Análisis comparativo de sitios con pictografías en ambientes lacustres boscosos de la Patagonia Septentrional: lagos Lacar y Nahuel Huapi (Provincias de Neuquén y Río Negro). En *Arte en las rocas. Arte rupestre, menhires y piedras de colores en Argentina*. Editado por M. Podestá, pp.163-174. Sociedad Argentina de Antropología.

Albornoz, Ana y Adán Hajduk 2001. Antecedentes arqueológicos e históricos del “Camino de Las Lagunas”. *Tiempos Patagónicos* 7:24-29. Facultad de Derecho y Ciencias Políticas, Universidad Católica Argentina.

Borrero, Luis 1997. La extinción de la megafauna en la Patagonia. *Anales del Instituto de la Patagonia* 25:89-102. Punta Arenas, Chile.

Borrero, Luis A. 2001. *El poblamiento de la Patagonia. Toldos, milodones y volcanes*. Emecé, Editores, 200 pp., Buenos Aires.

Casamiquela, Rodolfo M. 1990. Los Pueblos Indígenas. *Ciencia Hoy* 7(2):18-28, Buenos Aires.

Caviglia Sergio E. 2000. Pehuenches, Puelches y Poyas. Pueblos originarios Andino-Patagónicos. *Pueblos y Fronteras de la Patagonia Andina* 1:4-15. Revista de Ciencias Sociales. El Bolsón, Río Negro.

Hajduk, Adán y Estela Cúneo 1997-1998. Rescate arqueológico en San Martín de los Andes (Depto. Lácar, Pcia. de Neuquén) y algunas reflexiones acerca de la cerámica con decoración Valdiviana. *Relaciones* 22-23:319-341.

Hajduk, Adán y Ana Albornoz 1999. El sitio Valle Encantado I. Su vinculación con otros sitios: un esbozo de la problemática local diversa del Nahuel Huapi. En *Soplando en el Viento. Terceras jornadas de Arqueología de La Patagonia*, pp. 371-391. Neuquén.

Hajduk, Adán, Ana Albornoz y Maximiliano J. Lezcano 2002. *10.000 años de Historia de Bariloche*. Museo de La Patagonia F. P. Moreno, Edición de ASAM, 13 pp., Bariloche, Río Negro.

Mascardi, Nicolás 1670 en Furlong Guillermo 1994. *Nicolás Mascardi, S. J. y su “Carta – Relación” (1670)*. Ediciones Teoría, 132 pp., Buenos Aires.

Menghín Osvaldo. F. A. 1957. Estilos de arte rupestre de la Patagonia. *Acta Praehistorica* 1:57-82. Buenos Aires.